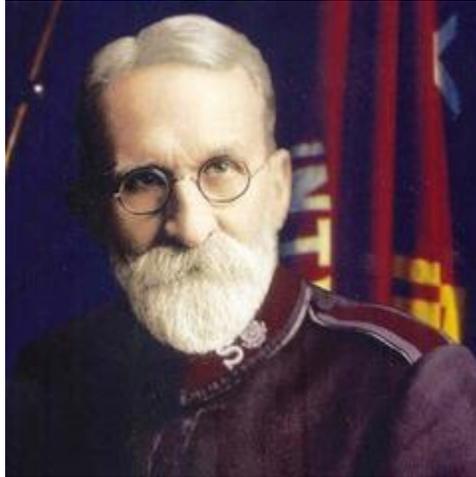

La Muerte del Hombre Viejo



Samuel Logan Brengle

Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo de pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos al pecado. (Romanos 6:6).

El Hijo de Dios vino a este mundo, vivió, trabajó, enseñó, sufrió, murió y resucitó para alcanzar un propósito doble. El Apóstol Juan explica esta doble misión. En 1 de Juan 3:5, hablando de Jesús, él dice: “Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados”. Se refiere a la justificación y a la regeneración, que son hechos por nosotros y en nosotros. En el verso 8 él añade, “Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo”. Se refiere a la entera santificación, la obra que hace en nosotros. Examinando la experiencia y las Escrituras, encontramos que esto es precisamente lo que el hombre necesita que se haga por él.

Primero, él necesita librarse de sus propios pecados, y que se implante dentro de él un nuevo principio. “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”, (Romanos 3:23). Cualquier hombre que se acerca a Dios, viene con carga y con conciencia de sus propias maldades y mal carácter. Sus pecados le condenan; pero gracias a Dios, Jesús vino para quitar nuestros pecados. Cuando un hombre viene con corazón penitente, reconociéndose pecador, y pone su confianza en Jesús, repentinamente se encuentra libre de sus pecados. La culpa desaparecerá. El poder del pecado será quebrantado y la carga quitada. La paz llenará su corazón. Se dará cuenta que sus pecados fueron puestos sobre otro, es decir, sobre Jesús; y se dará cuenta que “por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:5).

Esto viene como resultado del perdón gratuito, y de la justificación de todas las ofensas del pecado, que Dios le da a cada quien que se rinde de corazón a Jesús y confía en Él. Al mismo tiempo,

Dios implanta en el corazón una nueva vida. La persona nace de Dios, y recibe lo que se llama el lavamiento de la regeneración. Dios limpia toda la culpa, y todo el pecado por el cual él es responsable.

Además, en ese momento, se implanta en el corazón del hombre el amor, el gozo, la paz y los demás frutos del Espíritu. Si su experiencia es muy dramática, como tales experiencias suelen ser, él probablemente piense que no hay nada más que hacer. Pero si continúa caminando en humildad (dicho sea de paso, que este es un fruto del Espíritu muy olvidado), si habla frecuente y libremente con aquellos que aman al Señor, y si con cuidado escudriña la Palabra de Dios y medita en ella día y noche, pronto descubrirá que la enfermedad del pecado es más profunda y más mortífera de lo que se imaginaba. Y verá que tras sus propios pecados están “las obras del diablo”, que también deberán ser destruidas antes que la obra de la gracia en su alma sea completa.

Encontrará dentro de sí algo monstruoso y oscuro que quiere enojarse cuando las cosas no están a su favor; algo que no es paciente; algo que es quisquilloso y susceptible; algo que quiere refunfuñar y culpar; algo que es orgulloso y evita la vergüenza de la cruz; algo que sugiere quejas contra Dios; algo que es necio, feo y pecaminoso. La persona detesta ese “algo” dentro de sí y quisiera deshacerse de él, al punto de creerse más grande pecador ahora que antes de su conversión. Pero no es así. De hecho, no es ni siquiera pecador mientras resista lo que encuentra dentro de sí.

¿Cuál es el problema de este hombre? ¿Cómo se llama ese molesto “algo”? Pablo lo llama por varios nombres. En Romanos 8:7, él lo llama “la mente carnal”, y dice que es “enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede”. No se puede reformar. No se puede encubrir con pintura. No se puede mejorar con la cultura, el crecimiento, o cualquier otro esfuerzo. Es enemigo de Dios, y no puede ser otra cosa.

En el capítulo 7 y verso 24 Pablo le llama “el cuerpo del pecado”, preguntándose cómo se podría librar de él. Algunos dicen que el crecimiento en la gracia es el remedio. Otros dicen que nunca nos libramos de él mientras estemos en el cuerpo. Permanecerá en nosotros y lucharemos en su contra hasta el día de nuestra muerte. No es que estas personas estén dispuestas a acomodarse al mal, pues dicen que Cristo en uno lo vence y lo mantiene en sujeción. Pero dicen que tenemos que estar siempre vigilantes, golpeándolo y reprimiéndolo, como a un maniático, hasta que la muerte nos libere.

A mí en lo personal, el tema me causaba mucha preocupación. Estas opiniones conflictivas me tenían perplejo, al mismo tiempo que “el viejo hombre” hacía la guerra constantemente en contra de todos mis deseos y propósitos santos. Sin embargo, aunque encontraba confusas las enseñanzas de los hombres, las enseñanzas de Dios las hallaba sencillas y claras como el mediodía.

1. Dios no enseña que somos liberados de esta naturaleza en el momento de la conversión, pues todas sus enseñanzas y exhortaciones al respecto están dirigidas a los cristianos. Aquellos que sostienen esta doctrina tendrán que admitir una de dos: o que no es librado el creyente de ella en el momento de la conversión; o bien, que un gran número de personas que sinceramente profesan ser cristianos, jamás han sido convertidos. Yo no podría aceptar esto último ni por un instante.
2. Efectivamente, Dios por labios de Pedro, nos exhorta a crecer en la gracia. Pero su exhortación simplemente significa crecer en el favor para con Dios, por la obediencia y

la fe, y no tiene nada que ver con el tema que venimos tratando. La milpa puede crecer hermosa y traerle mucha satisfacción al campesino; pero con todo su crecimiento no saca del campo las malas hierbas. El campesino tiene que buscar otra forma de deshacerse de las hierbas molestas.

3. Tampoco enseña Dios en ninguna parte de su Palabra que esta naturaleza deba molestarnos hasta la muerte, o que la muerte lo destruirá.
4. Ni encuentro yo en la Biblia ninguna aseveración de que los fuegos del purgatorio liberen de este mal.
5. Si encuentro que Dios claramente nos muestra cómo deshacernos de esta naturaleza. Pablo dice, “despojaos del viejo hombre” (Efesios 4:22). Santiago dice, “desecha toda inmundicia y abundancia de malicia” (Santiago 1:21). Juan dice, “la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 de Juan 1:7). No parte o algo del pecado, sino “todo pecado”.

De nuevo Juan dice que Jesús apareció . . . para deshacer las obras del diablo” (1 de Juan 3:8). Y Dios dice por medio de Ezequiel “quitaré . . . el corazón de piedra”, (Ezequiel 36:26).

Todos estos pasajes enseñan que hemos de deshacernos de algo que estorba nuestra vida espiritual, y claramente muestran que este hecho no ha de ser un proceso lento y evolutivo, sino una obra instantánea, efectuada por el Espíritu Santo en el corazón del creyente humilde. ¡Bendito sea Dios! Es más, la Biblia enseña que lo único necesario de nuestra parte es una fe obediente que se ríe de las imposibilidades y exclama, “Será hecho”.

Si esta enseñanza bíblica es cierta, entonces es asunto que puede ser comprobado por la experiencia. Si un hombre prueba que es cierto, se establece el testimonio bíblico contra todos los incrédulos del mundo. Todos los hombres una vez creían que el mundo es plano. Colón declaró que es redondo, y lo demostró en contra de todos ellos. Puede que aún haya algunos ignorantes atrasados que todavía creen que el mundo es plano; pero se puede demostrar que es redondo, si se propone uno a hacerlo. Y se demuestre o no, la ciega incredulidad no cambia en nada los hechos.

De igual manera, la mayor parte de la humanidad cree que “el viejo hombre” está destinado a vivir hasta el fin. Pero como Pablo pregunta, “¿Su incredulidad habrá hecho nula la fidelidad de Dios?” (Romanos 3:3). Hombre y mujeres humildes testifican cada día que es posible, y que todos los hombres pueden experimentar que esa naturaleza puede ser destruida, si tan solo se cumple con las condiciones.

¡Ah, qué los hombres comprendieran esto! ¡Qué lográremos que se llenaran de fe y no de incredulidad! ¡Qué lográremos que tan solo vieran lo que Jesús verdaderamente vino a hacer!

Hace 15 años que yo lo comprobé. Y desde entonces he estado caminando a la luz de un día que no tiene noche. Gozo eterno y alegría han colmado mi corazón. ¡Gloria a Dios!

No es una salvación insignificante la que Jesucristo vino a obrar por nosotros. Es una “gran salvación”, y es real. ¡Aleluya! No es pretensión. No es fingimiento. Es una salvación

efectiva de todo pecado e inmundicia; de toda duda y temor; de todo engaño e hipocresía; de toda malicia e ira. ¡Bendito sea Dios!

Cuando yo comienzo a considerarla y escribir de ella, quiero llenar la página con alabanzas a Dios. Las aleluyas del cielo comienzan a resonar a través de toda mi alma, y mi corazón clama con aquellos cuatro seres vivientes misteriosos ante el trono, “Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso” (Apocalipsis 4:8). En espíritu me postro con los veinticuatro ancianos, y adoro a quien vive por los siglos de los siglos; al que ha quitado mis pecados, ha destruido las obras del diablo de mi corazón, y ha venido a morar dentro de mí.

Finalmente, “Mirad, hermanos, que no hay en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad . . . ¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo sino aquellos que desobedecieron? Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad . . . Pero los que hemos creído entramos en el reposo”, (Hebreos 3:12, 18, 19 y 4:3).

- Traducido de “Heart Talks on Holiness”